

Pedro Trigo

Santo Domingo para Venezuela

¿POR QUE ELEGIR ESTE DOCUMENTO DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO PARA ILUMINAR NUESTRA SITUACION?

El acontecimiento de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano es absolutamente singular en la Iglesia Católica. Tanto es así que la fórmula de estas Conferencias ni siquiera ha sido acogida en el Derecho Canónico. Pero funciona y con tal prestancia que no sólo ha ido trazando rumbos en las Iglesias y pueblos latinoamericanos sino que su influjo se ha hecho sentir en las Iglesias de Europa y del resto del Tercer Mundo. El año pasado se celebró la IV Conferencia en Santo Domingo. Existían fundados temores sobre su desarrollo y resultado, temores que se acrecentaron a lo largo de su preparación y que se vieron confirmados al conocerse el reglamento, que privaba a la Asamblea de soberanía, y al experimentar su aplicación, tan presidencialista y a contrapelo con los participantes. Sin embargo estas circunstancias adversas evidenciaron la madurez y la libertad espiritual de los participantes. Por eso, a pesar de tanta mediatización, el documento ratificó su compromiso «de llevar adelante las orientaciones pastorales del Concilio Vaticano II, aplicadas en las Conferencias generales del episcopado latinoamericano celebradas en Medellín y Puebla» (Nº 290)*. Y en efecto, a pesar de inevitables concesiones (que fueron el precio de la negociación que hizo posible la existencia del documento) éste sí se sitúa en sus puntos más concretos en continuidad con el talante profético y pastoral de las anteriores.

Además el Papa, en la carta introduc-

toría en que autoriza la difusión del documento, nos da la clave hermenéutica para subrayar esos aspectos. No arguye el Papa, como suelen hacer quienes invocan el principio de autoridad, la necesidad de asumir incondicionalmente todos los puntos del documento sino que se refiere por el contrario a la conveniencia de entablar en cada lugar del Continente un maduro proceso de «discernimiento para ver lo que sea más útil y urgente en la situación particular». No se trata desde luego, para el Papa, de seleccionar lo que me venga en gana o esté más de acuerdo conmigo; pero tampoco de una asimilación pasiva. Se pide que la actitud de la asamblea se prolongue en cada Iglesia, que con libertad espiritual debe discernir lo más pertinente para ella. Eso es lo que se nos pide, pues, que hagamos en Venezuela; y, como parte de ese proceso necesario, eso es lo que trataremos de hacer aquí.

No es nuestro propósito, pues, analizar qué dice el documento en cada uno de sus párrafos sino ver qué párrafos pueden arrojar luz para responder, desde la perspectiva de Dios, a esta situación de muerte que ha penetrado de un modo tan denso en el funcionamiento de instituciones, estructuras y estado de ánimo colectivo que constituye una verdadera cultura, cultura del repliegue a lo privado, de la negación de vínculos solidarios, de la lucha de todos contra todos a través de mecanismos discriminadores, del desprecio de los perdedores, cultura, en fin, de la muerte.

Asumimos estas expresiones de la IV Conferencia porque nos sentimos solidarios de los obispos que las redactaron, porque nos sentimos representados por ellos y porque experimentamos en ellas la interpelación que Dios nos hace. Los obispos venezolanos estuvieron muy activamente presentes en Santo Domingo. Estos textos, que iluminan tan a fondo nuestra situación, expresan que los latinoamericanos,

más allá de las anécdotas, padecemos los mismos males, y que también a la hora de proponer alternativas y comprometerse a llevarlas a cabo nos encontramos y coincidimos.

Quiero insistir en las perspectivas de estas páginas. Es un enfoque teológico y pastoral. No son análisis ni propuestas sociológicas, políticas o económicas, aunque esas dimensiones estén presentes. Intentamos simplemente arrojar luz sobre nuestra situación y sus desafíos desde la perspectiva de las exigencias de Dios sobre ella, tal como Dios se reveló en Jesús y lo interpretamos sus seguidores en América Latina y particularmente la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, leída desde Venezuela.

TENEMOS QUE VER UNOS CON OTROS: SOMOS HERMANOS

Esta cultura que nos avasalla está montada sobre la división entre lo privado y lo público. Lo privado es lo determinante y lo público queda reducido a unas reglas de juego elementales: la legalidad que garantiza la infraestructura del mercado, su seguridad y su funcionamiento. Pero no existe un «nosotros», un cuerpo social con lazos constituyentes ni proyectos históricos ni cotidianidad compartida. Todo eso pertenece exclusivamente al ámbito privado. La consecuencia de esta dicotomía y falta de religación es que cada quien se atiene a sus fines particulares sin tener por qué pensar en las consecuencias de sus actos respecto de terceros o de la colectividad. Con tal de que uno esté legal ya no tiene por qué asumir responsabilidades que no le incumben.

Frente a esta mentalidad y sus insuficiencias manifiestas, los obispos se hacen eco de un anhelo muy hondamente sentido por muchos: «todos sentimos la urgencia de integrar lo disperso y de unir esfuerzos para que la interdependencia se haga solidaridad y ésta pueda transformarse en fraternidad» (204). Según esta manera de leer las expectativas latentes, no se hace justicia a su dinamismo cuando en economía todo se restringe a un mero intercambio que sólo toma en cuenta la ganancia del propio sujeto. La interdependencia es fuente de conflictos y sometimientos, de violencia permanente cuando no trasciende internamente transformándose en solidaridad y ésta no da paso a la fraternidad.

A pesar del egoísmo y la voluntad de

* Utilizamos la edición oficial refrendada por el Vaticano. Los números subíndices indican el párrafo en el que se encuentra la cita

poder, tan profundamente anclados en nuestras tendencias, esta trascendencia es posible porque «cada persona y cada grupo humano desarrolla su identidad en el encuentro con otros (alteridad)» (279). La pretensión de autarquía no hace justicia a la más genuina constitución humana. No nos desarrollamos como islas. Nos reconocemos respecto de otros. Pero el reconocimiento que personaliza no es el de la prevalencia sobre los demás sino el de la reciprocidad simbiótica de dones.

Para los cristianos esto es así porque Dios no nos ha creado, como a los demás animales, según nuestra especie sino a su imagen y semejanza. No nos define nuestra constitución natural sino la referencia a su mundo y la relación con él: «en el corazón de la Revelación encontramos su misterio trinitario como la comunicación eternamente interpersonal, cuya Palabra se hace diálogo, entra en la historia por obra del Espíritu e inaugura así un mundo de nuevos encuentros, intercambios, comunicación y comunión» (279). El Padre, el Hijo y el Espíritu no son personas que se relacionan sino que se constituyen en personas por la relación, una relación que no es egoísta ni busca la prevalencia sino que pone la diferencia y la mantiene en comunión.

También nosotros hemos sido creados por esa comunidad divina para vivir de un modo semejante, en comunidad. Esto es posible, a pesar de tantas y tan profundas tendencias en contra, porque Jesús entró en la historia humana «infundiéndonos su Espíritu, que nos hace capaces de perdonar, de amar a Dios sobre todas las cosas y a todos los hermanos sin diferencia de razas, naciones o situaciones económicas» (121). Así la solidaridad no tiene sólo una dimensión horizontal, «sobre todo es fidelidad a Dios» (159), ya que es obediencia a su Espíritu que alienta en nosotros: los que han renacido en el Espíritu Santo «llaman a Dios 'Padre' y expresan su amor a él en el reconocimiento de sus hermanos» (32). «El amor de Dios se atestigüa en el amor fraterno (cf. 1 Jn 4,20), del cual no puede separarse» (5).

Desde esta concepción antropológica, centrada en la religión libre y simbiótica de todos los seres humanos, se comprende que no es concebible, «un desarrollo que privilegia minorías en detrimento de las grandes mayorías empobrecidas» (169). Es que un desarrollo que excluye a otros aliena a la persona que excluye, la despersonaliza. Por eso piden «el abandono de una moral utilitarista e individualista» (id).

Así pues el comienzo de una alternativa estriba en el convencimiento de que tenemos que ver unos con otros, que somos familia. Quien alega que no tiene lazos constituyentes con los demás ni responsabilidad respecto de ellos es un asesino (cf. Gn 4,9).

EL BIEN DE TODOS PASA POR EL BIEN DE LOS POBRES

Ya en 1839 escribía nuestro Fermín Toro que «las estadísticas están formadas según el espíritu de la sociedad europea y no según el espíritu que debe guiarnos para apreciar el estado de las sociedades humanas e investigar la suma de bien que gozan. En ellas se estiman las fuerzas, los productos, los consumos, los goces, las riquezas, absolutamente pro sus masas» (Europa y América. En La doctrina conservadora/ Fermín Toro. Caracas 1983, 51-52). Obviamente esto es hoy mucho más verdad en nuestro país que cuando fueron escritas estas palabras. Se esgrimen los indicadores macroeconómicos para mostrar el estado de la República. Por ejemplo en estos días el Ministro de Hacienda se refería al satisfactorio monto de nuestras reservas como evidencia de que la política económica va bien encaminada. Por su parte la oposición insiste en la incapacidad de reducir el gasto público y bajar la inflación como índices de su conducción errada.

Para nosotros, como para Fermín Toro, estos indicadores no son nada desdeñables y la ciencia económica al uso no puede ignorarse ni ser dejada de lado. Pero la economía es una ciencia de medios. Ella no puede proponerse los fines. No es la economía la que puede decidir si el objetivo es meramente el aumento global de riqueza o la mayor cantidad de riqueza que pueda ser producida mancomunadamente por el mayor número de productores libres y simbióticamente relacionados.

El presupuesto de la economía moderna (que Marx comparte) es que es necesaria la concentración para que se siga una expansión de riqueza. Hoy atravesamos por uno de esos periodos de máxima concentración. Y el resultado irrecusable es el ahondamiento de la brecha entre ricos y pobres a nivel mundial y dentro de cada país. Por eso concluía ya en su tiempo Fermín Toro: «Si es una verdad que el género humano no ha de dividirse en raza de víctimas y raza de sacrificadores, apreciarse debe la condición social de una nación no por el número de los

poseedores, sino por el de los que carecen» (52). Si nadie tiene que ver con nadie y la sociedad humana debe compartir con los animales la lucha de las especies, la teoría económica vigente es acertada. Si tenemos que ver unos con otros, si Dios nos ha constituido hermanos, si se trata de que no haya vencedores ni perdedores, porque en los perdedores perdemos todos, hay que reinventar las reglas de juego. No basta con seguir como se va y como paliativo repartir sobrantes entre los que viven en extrema necesidad.

La alternativa no es que el Estado expropié a los expropiadores. No se puede prescindir del mercado, dicen los obispos, pero éste no puede ser un principio absoluto. En el contexto de una economía de mercado, todo ha de ser enfocado desde la opción por los pobres (200₂). Esto es lo que se propone a ser pensado por la economía. En el esquema occidental, que proviene de los griegos, no son dissociables la extrema movilidad y el elitismo. Ya que la moral agonal cifra todo en la lucha para que prevalezca el mejor dotado. No es alternativa superadora, sino el otro polo del mismo horizonte, la concepción de que el pueblo es un menor de edad que debe ser tutelado por el Estado, ya que en este esquema se mantiene el elitismo envilecedor que considera al pueblo no sujeto digno sino objeto de limosna, y se pierde la movilidad. Es decir que el esquema mantiene lo negativo y pierde lo positivo.

Si los perdedores en este horizonte son nuestros hermanos, si no podemos realizarlos como personas sin que se realicen también ellos, no podemos resignarnos a este horizonte como una realidad irrebalsable y fatal. La opción por los pobres, significa pues, que no nos resignamos a un mecanismo que produce cada vez más víctimas, y que nos negamos a que este problema quede relegado para luego. Crecer y luego lograr una distribución más equitativa sólo lo propone aquel que no es nada de los pobres. Aquel que no siente que su suerte está ligada a la de ellos.

Para nosotros sí está ligada. Por eso la opción por los pobres es meramente hacer justicia a la realidad. No sólo porque antes de cualquier decisión los seres humanos estamos mutuamente vertidos sino porque al darnos el mismo Espíritu (su propio Espíritu), Dios nos ha hecho hermanos a todos. Sólo reconozco el Espíritu en otro si lo reconozco en los pobres. Si no reconozco al pobre como hermano, el reconocimiento

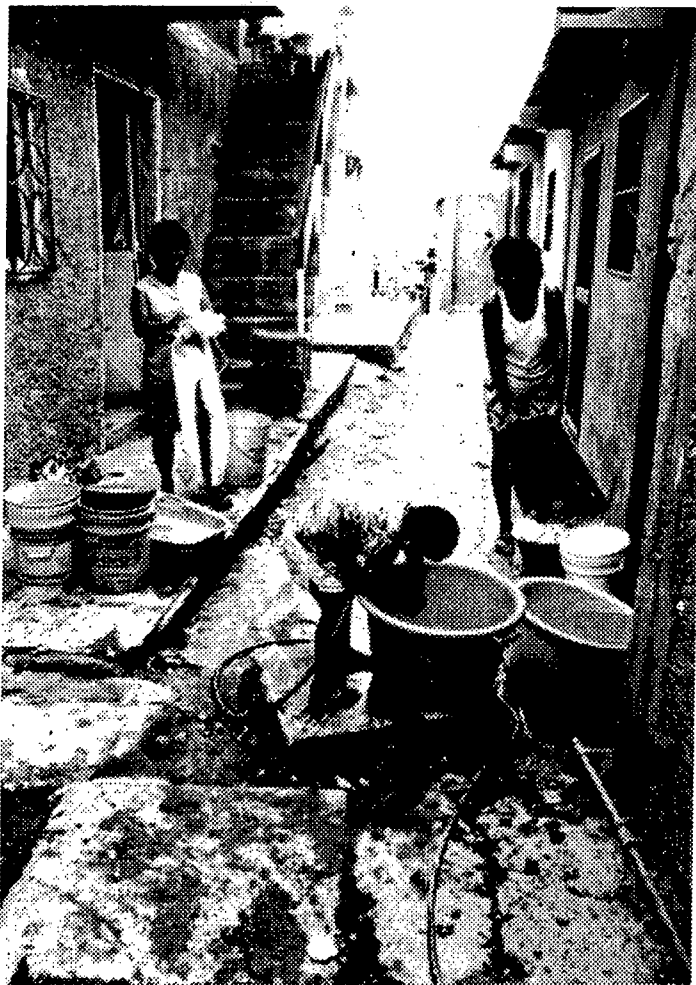
que hago de otro ser humano se funda en algún aspecto particular (la misma clase, la misma cultura, la misma raza, la misma religión, el mismo lugar, la misma familia...) no en la posesión del mismo Espíritu. Por eso Dios opta por los pobres porque son sus hijos reconocidos. Por eso nos pide que optemos nosotros para que, al reconocer al Espíritu en ellos, podamos reconocerlo en nosotros y ser hijos suyos. Por eso reconocer a los pobres es condición de posibilidad para salvarnos.

Opción por los pobres significa reconocer que sin cambiar esta dirección equivocada y soldar esta brecha todo va descaminado. La opción por los pobres quiebra el elitismo del sistema. No se opta por los pobres porque ellos sean buenos, ni se opta sólo por aquellos pobres que son buenos. Optar por los pobres es ser capaz de captar su necesidad como una interpelación a salir del propio mundo y ayudarles eficazmente. Por eso esta opción no es excluyente ya que por el contrario se plantea como único camino para llegar al autorreconocimiento como personas y a la universalidad real. Pero sí es englobante ya que ella no es un capítulo más en una agenda apretada sino que desde ella hay que enfocarlo todo. Por eso dicen los obispos que esta opción «iluminará, a imitación de Jesucristo, toda nuestra acción evangelizadora. Con tal luz invitamos a promover un nuevo orden económico, social y político conforme a la dignidad de todas y cada una de las personas, impulsando la justicia y la solidaridad y abriendo para todas ellas horizontes de eternidad» (296)

DESCUBRIR EL ROSTRO DE JESUCRISTO EN LOS ROSTROS SUFRIENTES DEL PUEBLO

Esta opción por los pobres (que habían propuesto los obispos en Puebla y reafirman con más vigor aún en Santo Domingo como perspectiva englobante para la acción pastoral y para la necesaria reestructuración económica, social y política) alcanza su mayor intensidad y su fundamento más

hondo en la identificación mística que proponen entre esos rostros concretos de pobres y el pobre sufriente Jesús de Nazaret. Para los obispos esta no es una idea que se les haya ocurrido a ellos sino una propuesta del propio Jesús Nazareno: «El Señor nos pide que sepamos descubrir su propio rostro en los rostros sufrientes de los hermanos» (1794).



Esta propuesta es verdaderamente revulsiva. La estimativa vigente no reconoce a los pobres como seres coetáneos, es decir pertenecientes a la misma figura histórica y posibles dialogantes de uno. A lo más son marginados, candidatos a que sus hijos puedan llegar algún día a entrar en la escala más baja del orden establecido. Para quienes los miran con cierta benevolencia no pasan de ser subdesarrollados, menores de edad. Para muchos otros son seres inferiores, parásitos y con frecuencia rémoras y lacras que impiden avanzar al país. Pues bien, si alguien es cristiano, el propio Jesucristo, su Señor, le pide que reconozca en ellos a aquel que es el paradigma de la dignidad y santidad: Jesús de Nazaret. Nos pide que miremos con atención sus rostros

hasta que llegemos a reconocer en esos rasgos concretísimos las mismas trazas del Señor.

Este ejercicio, que pone a prueba nuestra fidelidad al Mesías, es, insistimos, un verdadero revulsivo ya que pone a prueba no sólo nuestra mentalidad y nuestra sensibilidad sino nuestros hábitos cotidianos. Porque ¿a cuántos pobres hemos mirado con la atención y respeto que merece nuestro Señor? Por eso los obispos son conscientes de que esa propuesta requiere una profunda conversión. Pero la proponen porque de que lo logremos depende nuestro estatuto definitivo delante de Dios. Eso significa la cita de Mateo 25, la escena del Juicio Final: «Descubrir en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor (Mt 25, 31-46) es algo que desafía a todos los cristianos a una profunda conversión personal y eclesial» (178).

Son conscientes de que la dificultad es tal que está más allá del alcance de nuestras fuerzas, tanto para los propios pobres como para los que no lo son. Por eso insisten en que sólo en la fe puede descubrirse a Jesús en los empobrecidos.

La lista que proponen de esos rostros en los que en la fe han descubierto a Cristo es tan retardadora que desde ella no es posible ya considerar todo esto como costo social para

corregir las distorsiones y poner en marcha la economía. Estos son rostros de víctimas y los que no son víctimas ni echan la suerte con ellos aparecen ineludiblemente como victimarios o cómplices, al menos por omisión: «En la fe encontramos los rostros desfigurados por el hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de injusticias sociales; los rostros desilusionados por los políticos, que prometen pero no cumplen; los rostros humillados a causa de su propia cultura, que no es respetada y es incluso despreciada; los rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; los rostros angustiados de los menores abandonados, que caminan por nuestras calles y duermen bajo nuestros puentes; los rostros sufridos de las mujeres humilladas y poster-

gadas; los rostros cansados de los migrantes que no encuentran digna acogida; los rostros envejecidos por el tiempo y el trabajo de los que no tienen lo mínimo para sobrevivir dignamente» (178₃).

Las consecuencias de esta mística identificación entre Jesús y los empobrecidos son tremendas: es obvio que deja de ser cristiano quien, viendo a Jesús en ese estado, pasa de largo. Es un encuentro que no admite excusas ni paliativos ni postergaciones. ¿Es posible decirle a Jesús: espera a que arreglemos la economía y verás cómo empezará a aliviarte un poco?

ACERCARNOS AL PUEBLO Y COMPARTIR SU LUCHA COTIDIANA POR LA VIDA

Jesús de Nazaret le puede salir al paso a cualquiera, como irrumpió en el camino de Saulo derribándolo y llevándolo a reconocerle en los cristianos desamparados a quienes perseguía. Así le puede ocurrir a uno, de golpe. Pero no es lo ordinario. Lo común es que este reconocimiento sea la culminación de un proceso. Dios no suele ahorrarnos el camino de mirar esos rostros concretos con una mirada atenta y respetuosa. Pero para la inmensa mayoría eso significa por de pronto que tienen que salirse del camino habitual, que tienen que descolgarse de su mundo-de-vida. Y hoy por hoy entre nosotros eso, además de verse como pura pérdida, da miedo.

Se necesita mucho amor para ejercitar esa mirada. Con este amor escriben estos pastores, trasuntos del Buen Pastor. Así confiesan que denuncian «con preocupación y angustia». «Miramos (dicen) el empobrecimiento de nuestro pueblo», «desde dentro de la experiencia de mucha gente con la que compartimos, como pastores, su lucha cotidiana por la vida». Eso, expresan, «nos conmueve hasta las entrañas» (179). Por eso insisten: «todos los ministros queremos conservar una presencia humilde y cercana en medio de nuestras comunidades para que todos puedan sentir la misericordia de Dios» (75). Desde esta experiencia son capaces de reconocer que ese mismo fue el modo como Jesús reveló que Dios es un Padre misericordioso (4).

Ese es, creo, el precio que no queremos pagar. Esta cercanía respetuosa nos parece un costo desorbitado, que no es posible pagar. Es claro que no estamos proponiendo que todos se vayan a vivir con los pobres. Pero si insistimos en que si no se conoce a

ningún pobre con nombre y apellido, si nunca se entra en casa del pueblo, si ellos no llegan a constituir para uno una referencia real y concreta, la opción por los pobres se reduce a una mera declaración de principios sin ninguna fuerza movilizadora.

Es claro que quienes escribieron estos textos los escribieron desde dentro. Así pues ellos nos hablan no sólo de que es posible acercarnos a los empobrecidos sino de que es una riqueza que adensa la vida, que la lanza a la creatividad y que proporcionan nada menos que alegría. No es un puro deber. Es un verdadero descubrimiento. Evangelio, pues.

DESDE ESTA CERCANÍA SE CAPTA LO INTOLERABLE DE LA SITUACION Y SUS MECANISMOS LETALES

Sólo cuando uno conoce pobres concretos y los reconoce como hermanos puede captar la densidad concreta, la trágica realidad a la que aluden las estadísticas. Desde esa experiencia comprenden los obispos que «el creciente empobrecimiento en el que están sumidos millones de hermanos nuestros hasta llegar a intolerables extremos de miseria es el más devastador y humillante flagelo que vive América Latina». Después de referirse a las estadísticas que muestran el aumento de la multitud de los que «sufren el insostenible peso de la miseria», comprenden cómo este peso se agrava porque estas mismas personas tienen que soportar «diversas formas de exclusión social, étnica y cultural; son personas humanas concretas e irrepetibles que ven sus horizontes cada vez más cerrados y su dignidad desconocida» (179).

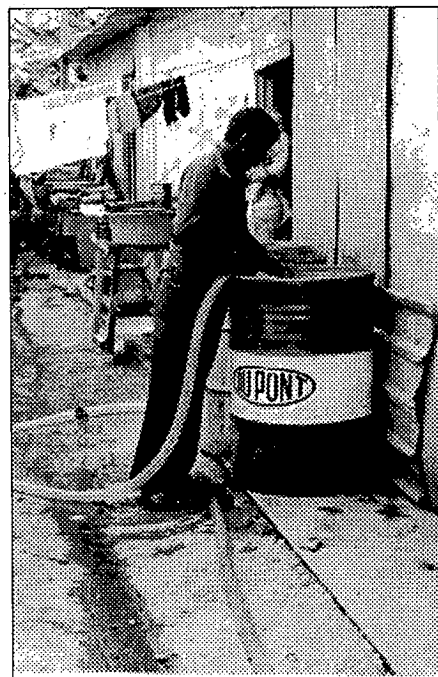
Los pobres, pues, no sólo mueren de hambre y enfermedades de pobres, sino de desprecio, de abandono, de falta radical de reconocimiento, de desesperanza.

Y así los obispos se lamentan y denuncian no sólo que se violen los derechos humanos sino, lo que es mucho más grave, que «se ha oscurecido la concepción de los mismos derechos por interpretaciones ideologizadas y manipulación de grupos» (166). La ideologización consiste en propagar que los únicos derechos son la igualdad abstracta de oportunidades, la libertad de expresión para los que tienen medios para expresar sus ideas y hacer propaganda, y la seguridad jurídica para los que pueden pagarla. Son los derechos de los que usufructúan el orden establecido, de los

propietarios, gerentes y productores altamente cualificados, es decir de los que (según la ideología vigente) tienen, pueden, saben y valen, de los que son gente, simplemente de los que son.

Frente a esta concepción recortada y elitista de los derechos humanos, los obispos anuncian cuál es la violación más masiva y grave de los derechos humanos: «Los derechos humanos se violan no sólo por el terrorismo, la represión, los asesinatos, sino también por la existencia de condiciones de extrema pobreza y de estructuras económicas injustas que originan grandes desigualdades. La intolerancia política y el indiferentismo frente a la situación del empobrecimiento generalizado muestran un desprecio a la vida humana concreta que no podemos callar» (167₁).

Para los obispos la insensibilidad (que califica fríamente de costo social a lo que es genocidio) y la intolerancia (de empeñarse en aplicar políticas que producen efectos letales) entrañan impiedad, desprecio a la vida humana. Estos mecanismos «golpean de modo grave a las grandes mayorías de nuestros pueblos». Los obispos enumeran «a la inflación y reducción de los salarios reales y a la falta de acceso a servicios básicos, el desempleo y el aumento de la economía informal y de la dependencia tecnológica» (199). Estos mecanismos componen «la política de corte neoliberal que predomina hoy en América Latina». Ella agrava la situación «al desregular indiscriminadamente el mercado, eliminarse partes importantes de la legislación laboral y despedirse



trabajadores, al reducirse los gastos sociales que protegían a las familias de trabajadores» (179).

Esta situación duele más a los obispos porque se da en países que se llaman católicos y cuyos responsables no captan la contradicción entre su profesión de católicos y los mecanismos letales que promueven. Este divorcio entre fe y vida llega a «producir clamorosas situaciones de injusticia, desigualdad social y violencia» (254). Los pueblos se caracterizan por una fe cristiana arraigada. Pero sobre ellos «se han impuesto estructuras generadoras de injusticias» porque los responsables no actúan con criterios cristianos (161).

LA SOLUCION NO ES CONVERTIRNOS EN BIENHECHORES SINO PROPICIAR EL PROTAGONISMO DEL PUEBLO

Frente a esta situación tan polarizada y angustiada los obispos no reaccionan como jefes, como héroes protagónicos, como superhombres salvadores. No aspiran siquiera a ser voz de los sin voz. La cercanía fraterna, el compartir humilde con los empobrecidos y el reconocer en ellos a Jesús les libra de la tentación de convertirse en bienhechores. Saben que el bienhechor es en realidad un opresor, aunque crea lo contrario (cf. Lc 22-27) ya que desplaza al oprimido, se sitúa como superior a él e impide que el pueblo crezca como sujeto, al desconocerle esta condición. Por eso su propuesta fundamental, en continuidad histórica con la de Medellín (Paz 27) y Puebla (26), es la de «iluminar y animar al pueblo hacia un real protagonismo» (193₂). Por eso no se proponen desarrollar y fortalecer la institución eclesíastica para hacer del pueblo su clientela sino por el contrario apuestan por «apoyar y estimular las organizaciones de economía solidaria con las cuales nuestros pueblos tratan de responder a las angustiosas situaciones de pobreza» (180₆).

Este sería también el objetivo hacia el que apunta la inculturación, que se comprende como «una labor que se realiza en el proyecto de cada pueblo, fortaleciendo su identidad y liberándolo de los poderes de la muerte» (13). Es la Iglesia la que busca entrar en el proyecto del pueblo, en su casa; no, sacar al pueblo de sí. Y esto vale sobre todo para los pueblos empobrecidos, porque a ellos ha sido enviada preferentemente. Por eso especifican: «la Iglesia defiende

los auténticos valores culturales de todos los pueblos, especialmente de los oprimidos, indefensos y marginados, ante la fuerza arrolladora de las estructuras de pecado manifiestas en la sociedad moderna» (243₃). Los empobrecidos son, pues, para la Iglesia también los diferentes, reconocidos y aceptados como tales. Así pues el servicio a ellos no tiende a que dejen de ser diferentes sino a que superen sus privaciones injustas, pero desde su propia y peculiar existencia como seres culturales.

La Iglesia no los defiende como institución poderosa que enfeuda a los de abajo sino colaborando para que el pueblo despreciado y oprimido «fortalezca su identidad y confíe en su futuro específico» Y esto lo hace la Iglesia, no como las macroestructuras del orden establecido, que apabullan y ponen a su servicio, sino desde abajo, es decir «contra poniéndose a los poderes de la muerte, adoptando la perspectiva de Jesucristo encarnado, que salvó al hombre desde la debilidad, la pobreza y la cruz redentora» (243₃). Por eso como línea pastoral insisten en el tono de relación horizontal con los condenados de la tierra: «privilegiar el servicio fraterno a los más pobres entre los pobres» (180).

La verdad de este propósito de la Iglesia se valida porque también en la propia institución eclesíastica promueve el protagonismo de los laicos. A ellos convoca solemnemente en nombre de Jesucristo para que se conviertan en «protagonistas de la Nueva Evangelización (97₂). Y dentro de este protagonismo se subraya expresamente a las dos categorías a quienes nuestra cultura niega el derecho a entrar. El texto es taxativo: «Los jóvenes evangelizan a los jóvenes. Los pobres evangelizan a los pobres (95). Ambos no son meros destinatarios de la acción de pretendidos bienhechores sino los sujetos de su propia evangelización.

Pero no sólo eso. Sacando las últimas consecuencias del reconocimiento de Cristo en los empobrecidos (y no como deducción abstracta sino como experiencia sorprendente y fecunda) asientan los obispos: «Con el 'potencial evangelizador de los pobres' (Puebla 1147), la Iglesia pobre quiere impulsar la evangelización de nuestras comunidades» (178₂). No sólo los pobres son sujetos de su propia evangelización sino que son ellos quienes evangelizan al resto de la Iglesia. Son los pobres con Espíritu los principales continuadores del Bienaventurado por excelencia que es el Pobre Jesús de Nazaret, el Evangelizador.

TRANSFORMAR LA INSTITUCION ECLESIASTICA PARA DAR LUGAR A LOS LAICOS. POBRES, MUJERES, JOVENES...

Antes de proponer reformas a las demás instituciones, la institución eclesíastica comienza por proponer una decisiva reforma institucional en la propia Iglesia de modo que sus palabras tengan el peso de la verdad de sus obras. La dirección de esta transformación es acentuar el carácter centrífugo de sus estructuras. Por eso proponen «hacer de nuestras parroquias un espacio para la solidaridad» (181), una casa pues, abierta, de todos; pero sobre todo de los que necesitan ayuda. Lo mismo que se pide a los espacios se pide a las personas que los administran: «Queremos permanecer fieles al Señor y a los hombres y mujeres, sobre todo a los más pobres, para cuyo servicio hemos sido consagrados» (67). Esto exige transformaciones y por eso la necesidad de una revisión a fondo: «Revisar actitudes y comportamientos personales y comunitarios, así como las estructuras y métodos pastorales, a fin de que no alejen a los pobres sino que propicien la cercanía y el compartir con ellos» (180).

Pero no se trata sólo de tener la casa abierta y estar a la orden del que venga a ella para que la sienta como suya propia. Se trata más radicalmente de ir donde está la gente y de plantar la parroquia en cada rincón, no como extensiones de la sede central sino como acontecimiento comunitario liderizado por la propia gente: «Renovar las parroquias a partir de estructuras que permitan sectorizar la pastoral mediante pequeñas comunidades eclesiales en las que aparezca la responsabilidad de los fieles laicos./Renovar su capacidad de acogida y su dinamismo misionero con los fieles alejados y multiplicar la presencia física de la parroquia mediante la creación de capillas y pequeñas comunidades» (60).

Insistimos en que el concepto no es el extensionismo de la casa matriz sino la encarnación, no sólo física sino de los propios sujetos que no son ya meros destinatarios sino agentes responsables. En primer lugar queremos destacar la aplicación a los laicos del texto solemne de la evangelización que tradicionalmente (después de los primeros siglos) se entendió como dirigido sólo a los apóstoles y sus sucesores (Mc 16,15). Teniendo conciencia de la novedad de esta aplicación, se recurre para apoyarla

a la parábola de los enviados a la viña y se dice que a los laicos «se dirigen hoy las palabras del Señor: «Id también vosotros a mi viña» (Mt 20,3-4). Y se asienta solemnemente que ellos «son llamados por Cristo como Iglesia, agentes y destinatarios de la Buena Noticia de Salvación, a ejercer en el mundo, viña de Dios, una tarea evangelizadora indispensable» (94). Así pues, no se trata, como ayer de «la participación de los seculares en el apostolado jerárquico de la Iglesia» (definición de la Acción Católica por Pío XI). El planteamiento actual es que es una misión que Cristo da a los laicos, como Iglesia que son.

Dentro de los laicos, además de la especificación (que ya hicimos) de los pobres con Espíritu, los obispos recalcan a otros dos sujetos muy relevantes. En primer lugar, las mujeres. Reconocen que «tanto en la familia como en las comunidades eclesiales y en las diversas organizaciones de un país, las mujeres son quienes más comunican, sostienen y promueven la vida, la fe y los valores» (106). Y por eso exigen: «se ha de incorporar a las mujeres en el proceso de toma de decisiones responsablemente en todos los ámbitos: en la familia y en la sociedad. Urge contar con el liderazgo femenino, y promover la presencia de la mujer en la organización y la animación de la Nueva Evangelización de América Latina y el Caribe» (109).

En segundo lugar los obispos destacan el papel que corresponde a los jóvenes, pero que sin embargo no se les da. Por eso se comprometen con una pastoral «que abra a los adolescentes y jóvenes espacios de participación en la misma Iglesia» (119). Como el modo de producción determina el producto, la seriedad de este lineamiento se comprueba en el camino que trazan para lograrlo: «Que el proceso educativo se realice a través de una pedagogía que sea experiencial, participativa y transformadora. Que promueva el protagonismo a través de la metodología del ver, juzgar, actuar, revisar y celebrar. Tal pedagogía ha de integrar el crecimiento de la fe en el proceso de crecimiento humano, teniendo en cuenta los diversos elementos como el deporte, la fiesta, la música, el teatro» (119₁).

Pero los obispos no sólo institucionalizan la participación por derecho propio de los laicos y dentro de ellos, de los pobres, mujeres y jóvenes. También llevan la diferencia al propio seno de la institución eclesial, que dejaría de ser una institución criolla compuesta por criollos o acriollados

y ayudada por extranjeros más o menos naturalizados, y pasaría a ser una institución plural en la que cabrían como tales los indígenas, los afroamericanos, los campesinos y los habitantes de los barrios. Los obispos subrayan la importancia, para lograrlo, de una formación diferenciada, y destacan la atención privilegiada que requieren los candidatos indígenas y afroamericanos (84).

Estas profundas transformaciones propuestas para la propia institución eclesial me parecen una contribución paradigmática. Es corriente en nuestros días que diversas instituciones planteen un paquete de medidas sobre la situación; pero ordinariamente en ese paquete no están ellas mismas; por eso no son creíbles. En esas propuestas se percibe que quieren sacrificar a otros para que ellos mismos puedan sobrevivir sin cambio, incluso fortaleciendo en la crisis su posición. Ponerse fuera de la situación y no estar dispuestos a pagar el costo del cambio es un camino errado. De ahí el valor ejemplarizante de ese profundo descentramiento propuesto, de ese dar lugar de modo que se borre la distinción entre sujetos y destinatarios, prestatarios de servicios religiosos y meros receptores, dueños de la Iglesia y quienes van a ella con alguna demanda.

También tiene un hondo significado que la institución eclesial programe dejar de ser una institución exclusivamente criolla (es decir de occidentales americanos) como lo es todavía toda la institucionalización vigente, y programe convertirse en una institución internamente plural y diferenciada, pero sin que esta diferencia implique ninguna desigualdad.

En la medida en que estas reformas propuestas cobren cuerpo y se apliquen también (como está previsto en el documento) a la liturgia, a la catequesis, a la organización parroquial, a la educación católica, a las estructuras pastorales... la sociedad podrá visualizar la alternativa propuesta como aplicable también a otros campos y podrá captar el sentido concreto de las propuestas que la Iglesia hace para los diversos campos de la vida social.

HACIA UNA IGLESIA COMUNITARIA

Una matriz que impregna y sitúa a las propuestas evangelizadoras y de cambio estructural en la Iglesia es la índole comuni-

taria. Recapitulando al final del documento, enfatizan los obispos: «el compromiso es de todos y desde comunidades vivas» (293). «Buscamos (dicen) dar impulso evangelizador a nuestra Iglesia a partir de una vivencia de comunión y participación, que ya se experimenta en diversas formas de comunidades existentes en nuestro continente» (54). Se apoyan en las comunidades porque de hecho la evangelización se desarrolla «en el seno de comunidades vivas que comparten su fe» (23). La razón es que nadie da lo que no tiene: individuos en competencia, que no se reconocen hijos de hombre sino hijos de sí mismos, que se matan a trabajar por los demás, pero desde su propia individualidad, no pueden hacer familia, no pueden sembrar fraternidad. Y «la Nueva Evangelización tiene como finalidad formar hombres y comunidades maduras en la fe» (26).

Esta propuesta encierra una novedad histórica, radical. El cristianismo ha sido predicado en el esquema eclesial-masa de fieles, en el de ministro-individuo. Pero ni el sacerdote ha formado parte de la comunidad (ha sido el padre de una sociedad patriarcal jerárquica y no el hermano de una familia horizontal) ni ha propiciado que la masa se transformara en pueblo de Dios articulado. El que se sentaba en un banco del templo no tenía relación con quienes estaban a los lados: todos miraban exclusivamente al altar. Ahora se va constituyendo un círculo que engloba también al clérigo.

Este principio estructurador choca frontalmente con el principio piramidal que todavía rige en nuestras sociedades, a pesar de todas las declamaciones democráticas. Y sin embargo este principio reestructurador es el redescubrimiento de la primera eclesialidad que consiste en la comunión fraterna de todo el pueblo de Dios. En este sentido primordial también los clérigos, incluso el Papa, son laicos, como lo ha recordado repetidamente Juan Pablo II.

Desde esta perspectiva quieren reinventar las parroquias: «Que la Iglesia sea cada vez más comunitaria y participativa y con comunidades eclesiales, grupos de familias, círculos bíblicos, movimientos y asociaciones eclesiales, haciendo de la parroquia una comunidad de comunidades» (142). Y reiteran esta finalidad irrenunciable: «La parroquia, comunión orgánica y misionera, es así una red de comunidades» (584).

Una característica fundamental de las comunidades es que admiten y propician la diversidad, y la entienden como riqueza al

servicio de todos. La pluralidad no es el botín que cada quien ha conquistado y defiende con uñas y dientes para que no se lo arrebaten. Es el don que el Espíritu da a cada quien para el provecho de los demás y que se socializa como reciprocidad de dones: «Esta evangelización tendrá fuerza renovadora en la fidelidad a la Palabra de Dios, su lugar de acogida en la comunidad eclesial, su aliento creador en el Espíritu Santo, que crea en la unidad y en la diversidad, alimenta la riqueza carismática y ministerial y se proyecta al mundo mediante el compromiso misionero» (272).

Esta propuesta comunitaria es la que se quiere estimular en los diversos ambientes: en los barrios y caseríos, en las organizaciones juveniles, en las asociaciones cooperativas... Una muestra de este espíritu es lo que expresan los obispos respecto de la escuela católica: «Transformar la escuela católica en una comunidad centro de irradiación evangelizadora, mediante alumnos, padres y maestros. Nos empeñamos en fortalecer la comunidad educativa y en ella un proceso de formación cívico-social, inspirado en el Evangelio y en el Magisterio social de la Iglesia, que responda a las verdaderas necesidades del pueblo. Se reforzará así la organización de estudiantes, docentes, padres de alumnos y exalumnos, como método de educación cívico-social y política que posibilite la formación democrática de las personas» (278).

ALGUNAS PROPUESTAS SOCIALES, POLITICAS Y ECONOMICAS

Estas transformaciones en la propia casa hacen consistentes y creíbles las propuestas políticas, económicas y sociales, basadas (insistimos) en la percepción directa de las situaciones y los desafíos que plantean, y en la actitud de cargar la parte que les toca en los remedios propuestos. Como insistimos que queríamos referirnos a la perspectiva fundamental, no explanaremos estas propuestas sino enumeraremos tan sólo algunos enunciados para que se perciba su dirección.

Respecto de la dimensión ecológica y del uso de la tierra, enuncian los principios más universales e irrenunciables: una ética ecológica, afirman, «postula la aceptación del principio del destino universal de los bienes de la creación y promoción de la justicia y la solidaridad como valores indispensables» (169). «Estos límites en el uso de

la tierra miran a preservar la justicia y el derecho que todos tienen a acceder a los bienes de la creación, que Dios destinó al servicio de todo hombre que viene a este mundo» (169). «Estos límites en el uso de la tierra miran a preservar la justicia y el derecho que todos tienen a acceder a los bienes de la creación, que Dios destinó al servicio de todo hombre que viene a este mundo» (171). Así, pues ninguna legislación positiva puede anular el derecho universal a los bienes de la creación, ninguna propiedad privada puede expropiar este derecho inamisible de todos. La justicia mira a la satisfacción de este derecho inviolable y la legalidad debe transformarse para salvaguardarla, no puede esgrimirse como razón para no cumplirla. Y la justicia no significa una mera distribución individualista: incluye irrenunciablemente la solidaridad que tiene que ver con la aceptación de un «nosotros» en el que se entiende y realiza la persona.

Desde esta perspectiva se enjuicia el sistema democrático, que no se sacraliza sino que se relativiza al medirse según el grado de participación efectiva que permita a los ciudadanos, no sólo en el desempeño ordinario sino en el control, elección y remoción de sus representantes: «La Iglesia aprecia el sistema de la democracia, en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica» (1902).

Lo mismo podemos decir de la economía de mercado. No puede absolutizarse. Necesita de un compromiso solidario de la sociedad civil que la moldee, y de un marco jurídico y una acción estatal que impidan las polarizaciones y el sacrificio de los débiles. El mercado tiene su lógica y sus tendencias. No pueden desligarse de los actores sociales y de la constitución de la humanidad como un todo internamente diferenciado y referido, según el designio del Creador. Por eso los obispos, de acuerdo con el Papa, señalan «la necesidad de acciones concretas de los poderes públicos para que la economía de mercado no se convierta en algo absoluto a lo cual se sacrifique todo, acentuando la desigualdad y la marginación de las grandes mayorías. No puede haber una economía de mercado creativa y al mismo tiempo socialmente justa, sin un sólido compromiso de toda la sociedad y sus actores con la solidaridad a través de un

marco jurídico que asegure el valor de la persona, la honradez, el respeto a la vida y la justicia distributiva, y la preocupación efectiva por los más pobres» (1952).

En este texto se revela cómo el mercado debe estar inscrito en la concepción antropológica que concibe a la humanidad como una realidad concreta, digamos física, y no como un mero ente de razón, como un puro concepto, como el conjunto mental de los individuos que serían los únicos realmente existentes.

Pero, como dijimos, para los cristianos los pobres son el único camino posible de universalidad concreta. Por eso los obispos insisten en «urgir respuestas de los Estados a las difíciles situaciones agravadas por el modelo económico neoliberal, que afecta principalmente a los más pobres» (1802): «Promover la participación social ante el estado reclamando leyes que defiendan los derechos de los pobres» (1804).

No basta que el Estado intervenga. Es toda la sociedad la que debe movilizarse. Y así proponen: «promover la justicia y la participación en el interior de nuestras naciones, educando en dichos valores, denunciando situaciones que los contradicen y dando testimonio de una relación fraterna» (2092). Pero dada la mundialización de la economía, la Iglesia debe aprovechar su condición multinacional para «promover relaciones económicas internacionales que faciliten la transferencia de la tecnología en un ambiente de reciprocidad social» (2021).

Pero estos esfuerzos mancomunados sólo se consolidarán si logran converger en modelos alternativos que conjuguen lo mejor de lo vigente con lo que el sistema no sólo omite sino niega expresamente. Esta combinación no es un eclecticismo inviable sino que exige una creación inédita. Por eso los obispos animan a «fomentar la búsqueda e implementación de modelos socio-económicos que conjuguen la libre iniciativa, la creatividad de personas y grupos, la función moderadora del Estado, sin dejar de dar atención especial a los sectores más necesitados. Todo esto, orientado a la realización de una economía de la solidaridad y la participación, expresada en diversas formas de propiedad» (2012).

Estos son algunos elementos del documento de Santo Domingo que, leídos desde Venezuela, pienso que nos arrojan mucha luz para situarnos en nuestra situación donde Dios quiere y como él quiere, y para responder a los reclamos que Dios nos hace en ella a través de tantos clamores.